

XIX Centenario de la muerte de Séneca

(4 ó 5 - 65 d. C.)

Lucius Annaeus Seneca es indiscutiblemente la figura más destacada del Imperio Romano en el siglo I después de Cristo. Nacido en Córdoba, capital de la provincia romana Bética —emporio el más romanizado y, por lo mismo, principal foco de cultura de las Españas— su ingenio sobresaliente le abre paso a las más altas esferas de la capital del Imperio. Llega a ser maestro y ministro de Nerón, a quien destina el tratado *De clementia*, pero sin conseguir moldear según los sanos principios el espíritu vanidoso y degenerado del César.

Su gran producción literaria, filosófica y científica —perdida en parte considerable— ha ejercido influencia decisiva en el moldeamiento ideológico de Europa durante los siglos posteriores. Su talento proteico cultiva con éxito variedad notable de géneros literarios, tanto en prosa como en verso: el diálogo filosófico, la epístola moral, el drama —cuya temática reaparece frecuentemente en la tragedia europea— incluso la sátira y el epigrama. Es el filósofo romano, por excelencia, con quien no pueden compararse ni Cicerón, que es un ecléctico, ni Marco Aurelio, ni Epicteto, de escasa repercusión. Aunque conoce y utiliza las diversas escuelas filosóficas, milita decididamente en las filas de un estoicismo moderado, que rezuma de todas las páginas de su producción ingente, ofreciéndolo como freno de una época turbulenta y apasionada.

Indiquemos someramente algunos datos acerca de su supervivencia ideológica y literaria. Sus amenas *Quaestiones naturales* fueron el texto de Historia Natural en Europa hasta bien entrada la Edad Media. Mucho le debe el escritor cordobés Plinio el Viejo en su *Naturalis historia*, y no menos Rogerio Bacón en su *Opus Maius* y Alexander von Humboldt en su *Kosmos*.

El moralista de Córdoba fue benemérito en las ciencias morales con sus 12 Diálogos de contenido ético y las 124 Epístolas morales a su amigo Lucilio. La obra perdida de Séneca *De officiis* (que se ocupaba principalmente de las cuatro virtudes cardinales) fue base para la *Formula vitae honestae* de S. Martín de Braga († 580), obispo de Dumio, capital del reino suevo de Galicia, luego obispo de Bracara (Braga), “apóstol de Galicia”, como ya le llamó su amigo Venancio Fortunato. Como ha demostrado el investigador escandinavo C. P. Caspari, el prelado bracarense utilizó como única fuente para su tratado *De ira* el diálogo senequista del mismo título.

Séneca cultivó con gran éxito la tragedia, que introduce en la literatura romana. Nos quedan unas nueve piezas. El dramaturgo cordobés se permite numerosas innovaciones del mito griego —cosa que en menor escala ya practicó Sófocles y mucho más Eurípides— no menos que en la versificación. En efecto, todo tratado de métrica latina se ocupa de la poética senequista. Introduce nuevos ritmos métricos en los coros, para reflejar con el ritmo los estados psíquicos del momento, dando así expresión a un *pathos* arrollador, del que tanto gustaba una época de angustias políticas, de sangre de gladiadores y de locuras de Césares. Cediendo al gusto de su tiempo por el énfasis, da mucha cabida a la pompa retórica, al fin y al cabo hijo del gran rétor Séneca el Viejo. Se le echa en cara —como luego a nuestro Prudencio y más tarde al setabense Ribera— la predilección por escenas crueles y sangrientas. Pero ellos, con la pluma o los pinceles, no hicieron otra cosa que reflejar la crueldad sádica de los torturadores romanos, los cuales transformaron el circo en potro ingente de tormentos, con el refrendo del aplauso de un pueblo degenerado. No se olviden tampoco en este contexto las escenas truculentas de la tragedia euripídea.

También como trágico ejerció gran influencia en la dramaturgia

européa, sirviendo de mediador del drama entre Grecia y Europa —que le utiliza como única fuente— sobre todo desde el Renacimiento. En Italia se comprueba la imitación de sus tragedias durante siglos. Más marcada es su presencia en la escena francesa, y basten los nombres de Corneille y Racine que le reconocen por maestro. Aún Calderón y Camoens acuden a él. Hasta el genio de Shakespeare es tributario del trágico español, como han demostrado distintos investigadores dramáticos que llegan a establecer una dependencia muy señalada entre el *Ricardo III* del insigne dramaturgo inglés y *Troades* de Séneca.

Quintiliano, que no siente simpatías por Séneca, critica acerbamente sus innovaciones en el estilo latino, de las que mucho gustaban los jóvenes, según el retórico de Calahorra. No obstante, se ve precisado a confesar (10, 1, 128) que Séneca *tractavit etiam omnem fere studiorum materiam; nam et orationes eius et poemata et epistulae et dialogi feruntur...* Produce asombro esta copiosa fecundidad literaria, en una vida de sesenta años, en medio de importantes cargos políticos y con una salud siempre frágil desde su niñez, (como él frecuentemente conmemora, al par que otros testimonios antiguos), molestándole dolencias del corazón y últimamente la gota. Esta enorme producción literaria explica su dilatada impronta en Europa. Ya en la misma antigüedad le son tributarios, según ha sido puesto de manifiesto por los investigadores, su sobrino Lucano, Plinio el Viejo, Tácito, Juvenal, Dión Cassio, los españoles Columela, Marcial y Pomponio Mela; y Ammiano Marcelino, entre otros muchos.

Desde los primeros albores de la literatura cristiana le citan con frecuencia y elogio Tertuliano (*Seneca saepe noster*, cf. De anima, 20); Lactancio; S. Jerónimo (*noster Seneca*) que llega a colocarle en el catálogo de los santos (De viris illustribus, 12); S. Agustín y muchos más. Su actitud moral y filosófica hizo que en el siglo IV se inventara una correspondencia epistolar entre San Pablo y Séneca, que consta de ocho cartas de éste y seis del Apóstol. Este supuesto epistolario, que ya conoció S. Jerónimo, contribuyó incalculablemente al estudio del estoico cordobés. Así se evidencia tanto por los copiosos códices, que ocupan lugar de honor en todas las bibliotecas europeas de los siglos VIII y IX —en la abadía de

Monte Cassino, por ejemplo, consta que Desiderio, rey de los longobardos vencido por Carlomagno, mandó copiar las obras de Séneca— como por las numerosas antologías, excerptas y florilegios de sus obras que invadieron las aulas educacionales de la Edad Media. Hasta en los concilios se aduce su testimonio gloriosamente, como en el de Tours del año 567; S. Bernardo de Claraval se apoya en su autoridad para predicar la II Cruzada, no siendo desconocido para S. Buenaventura, como se desprende de un estudio que aparece en este mismo número de la Revista. Séneca penetra en las páginas de la *Imitatio Christi* (1, 20) de Tomás de Kempen, e influye en la *Divina Comedia* del Dante, que le llama “Seneca morale” (Inferno 4, 141), y en Petrarca y en Boccaccio, lo mismo que más tarde en Diderot (que le consagra uno de sus estudios), Lessing, Goethe, etc.

**

En Séneca apuntan inconfundibles algunas características del espíritu hispánico, según hemos indicado, como su tendencia a la oratoria y al realismo. Como Crisipo —y aún más exactamente que él, puesto que no hubiera aceptado a los bárbaros en su cosmopolitismo— afirma que el hombre es ciudadano del mundo, presintiendo el espíritu ecuménico de la España grande, de aquella España que en su epopeya de América y en sus Leyes de Indias supo percibir principalmente al *hombre*, no las diferencias raciales ni los accidentes del color. Séneca fundamentó su cosmópolis en la comunidad del espíritu, de la educación y de las ideas, no en la afinidad de cromosomas y plasmas sanguíneos, con lo que se acercó prodigiosamente a la concepción cosmopolita y católica del gran Pablo de Tarso.

Nuestra literatura ascética y mística —todavía inigualada en el mundo— diríase que encuentra en Séneca un precursor insigne. De aquí que en nuestros tratados ascéticos se le cite con insistencia. El filósofo cordobés recomienda reiteradamente la vida contemplativa y él mismo se retira al *otium* fecundo, beneficioso incluso para la *res publica*, a la que sirve mejor el contemplativo que el político, como él establece. Aún desbordando las fronteras nacionales, el

estoicismo templado de Séneca —en tantos aspectos afín al cristianismo— ha ejercido un magisterio permanente en la ascética y mística cristianas, ya desde sus orígenes, comenzando por Tertuliano y continuando por los demás escritores eclesiásticos latinos.

Tenemos un testimonio plástico de la cimera postura de Séneca en el mundo clásico: Un herma bifronte del Museo de Berlín: Sócrates y Séneca. Pareja incomparable de la moralidad humana y de la tendencia ascensional que alentó en los mejores espíritus del mundo griego y romano, y que tanto los acercó a la divina luz del Evangelio.

Para celebrar el XIX centenario de su muerte —que, como advierte San Jerónimo en el lugar citado, acaeció dos años antes que la de los apóstoles Pedro y Pablo, mártires los tres del mismo tirano— se celebró en Madrid una semana de Filosofía, en el mes de abril del presente año. Córdoba honró al hijo preclaro con un Congreso Internacional, durante los días 7 al 12 de septiembre de 1965, cual correspondía a quien, por más de un milenio, ha sido educador de Europa. De ambos actos se da referencia en este mismo número de nuestra Revista. HELMANTICA, como modesto y sentido homenaje, dedica el presente número doble a esta figura egregia de la antigua Hispania y del mundo romano.

ISIDORO RODRIGUEZ



S. S. Pablo VI (q. D. g.) recibió amablemente a un grupo de Profesores y Licenciados de Humanidades Clásicas de nuestra Universidad, según se informa en este núm. de la Revista.